

de Malec-Schah. Asaltado este intrépido guerrero por los cruzados, reunió las fuerzas del islamismo en Nicea, ciudad situada junto á un lago, rodeada de anchos fosos y de dobles muros coronados de trescientas setenta torres. Los cruzados en número de cien mil ginetes y de ciento cincuenta mil peones, le ciñeron de empalizadas, y llegádoles á faltar piedras las suplían con los huesos de sus hermanos de armas caídos bajo el hierro de los turcos.

Iba á sucumbir Nicea bajo sus esfuerzos, cuando vieron al estandarte de Alexis flotar sobre sus baluartes. A semejanza del cuervo que sigue el rastro del león en busca de su alimento, había ido detras y tratado aisladamente con los turcos, arrancando así á los latinos el fruto de la sangre vertida.

Después de haber exhalado la cólera que engendró en ellos esta nueva deslealtad y de haber descansado algo, volviéronse á poner los cruzados en camino. Pero la perfidia de los guías griegos, la sed, la dificultad de los caminos, los incansables ataques de doscientos mil guerreros mandados por Kilisc-Arslan, hacen extremadamente penosa su marcha á través de la Frigia y la Siria. Perecen los caballos de fatiga, los ginetes se ven reducidos á caminar á pié con su pesada armadura, ó á montar en asnos ó bueyes, mientras que se cargan los equipajes en carneros, cabras, cerdos y hasta perros.

Apenas vencieron estas terribles fatigas, y varias ciudades habían abierto sus puertas á los soldados de Cristo, cuando la discordia se presenta en todas las filas para la division de las conquistas que aún no estaban seguras. Balduino, hermano de Godofredo, poseído de avaricia mundana, se apoderó de Edesa á la cabeza de cien caballeros lo más, pero secundado por los cristianos que habitaban aquella ciudad. No ocupándose ya entonces de Jerusalem, fundó el primer principado cristiano, extendiendo su dominio por toda la Mesopotamia y las más ricas provincias de la antigua Siria.

Proseguían los demas cruzados su empresa, pero con desgracia, descuidando establecer colonias, fortificar las ciudades de que se apoderaban, con objeto de cubrir su retaguardia y asegurar su comunicaciones con Occidente. Después de haber subido el Tauro con crueles

fatigas, descubrieron la risueña Siria y Antioquia, en otro tiempo metrópoli de ciento cincuenta y tres obispados, cuyo recinto encerraba trescientas cincuenta iglesias, y cuatrocientas cincuenta torres. Sitiaronla los guerreros latinos, pero pronto tuvieron que luchar contra el hambre y el rigor del invierno; tenían cortada toda comunicacion con el mar, y de sesentamill caballos con que habían llegado, se vieron reducidos á dos mil. Una terrible epidemia vino á aumentar tantos males, y los cristianos desanimados se retiraban aquí y allá, mientras que los que quedaban asociaban estas miserias á las voluptuosidades más indignas de los soldados de Cristo. La embriaguez y la orgía desafiaban los castigos con que se esforzaban los jefes por reprimirles.

En esto, habiendo el soldan de Egipto enviado á ofrecer el libre paso para Jerusalem á todo el que quisiese ir allí sin armas, no se admitieron sus proposiciones. El feroz Bohemundo hizo ensartar y asar á varios turcos, haciendo extender la voz de que los príncipes comían de esta manera á los espías de los enemigos, con objeto de espantar á los que frecuentemente se introducían en el campo.

Una flota que llegó de Italia con máquinas y víveres dió algun consuelo á los sufrimientos de los guerreros cristianos. Recobraron valor, y secundados por un renegado llamado Pirro, llegaron por fin á plantar la cruz en las torres de la reina del Oronto.

Pero apenas hubieron entrado en ella, cuando se encontraron sitiados por innumerables bandadas de sarracenos bajo el mando de Kerboga, soldan de Mosul, al cual se habían reunido los de Nicea, Alepo y Damsco, el gobernador de Jerusalem, veintiocho emires de Persia, Siria y Palestina, con trescientos mil hombres. Faltando todo entonces á los cristianos, estenuados por las fatigas que habían sufrido anteriormente, perdieron del todo su valor. Alexis, que se había puesto en marcha para acudir en su ayuda, se volvió desde el camino, y ya los sitiados habían entrado en parlamento con Kerboga, para rendir la plaza con la sola condicion de que podrian retirarse sanos y salvos.

En estas críticas circunstancias, un longobardo que se había dormido durante la noche en una iglesia de Antioquia, fué favorecido con

una vision. Le pareció ver á Cristo, encolerizado contra los cruzados, acceder á los ruegos de su madre y prometerles la victoria si volvian á la virtud. Después al apóstol San Andrés presentándose á un sacerdote de Marsella llamado Pedro Bartolomé, indicándole el lugar donde se encontraba enterrada la lanza con que Jesucristo había sido herido. Acudieron á cavar en el paraje designado con una ansiedad fácil de suponerse; encontróse por fin la reliquia milagrosa, y pronto estallaron los aplausos y sollozos del pueblo, que siempre tiene necesidad de alguien y de algo. El grito de *¡Dios lo quiere!* resonó con la misma confianza que en otro tiempo, y después de una noche pasada en oraciones y actos de contrición, precedidos los cristianos con la santa lanza, se precipitan sobre el enemigo en doce cuerpos, en recuerdo de los doce Apóstoles. Legiones de ángeles y santos combaten por ellos y les ayudan á exterminar á los musulmanes. Aparece de nuevo la abundancia con la confianza, é inauditas riquezas fueron el botín de los cristianos, que sembraron en los circuncidados el desorden y el espanto. Pareció tan prodigiosa la victoria, que trescientos musulmanes se convirtieron y fueron proclamando por las ciudades de Siria al Dios de los cristianos.

Hubiera convenido aprovechar este ardor para marchar sobre Jerusalem; pero la prudencia sugirió diferirlo para juntar provisiones y aguardar refuerzos, lo cual fué una desgracia. La epidemia diezmó á los cristianos, y el obispo Adhemar se contó entre el número de las víctimas. En una de las expediciones tentadas en onces quedaron reducidos, segun dice un cronista, á alimentarse no sólo con la carne de los turcos, sino hasta con la de los perros. Bohemundo que después de haber aspirado vanamente á apoderarse de Constantinopla, se había consolado haciéndose príncipe de Antioquia, perturbaba con su ambicion el campamento; no cuidándose ya de la expedicion, porque sus proyectos habían tenido el resultado apetecido, aspiraba á disgustar de ella á los mismos cruzados, quienes se dispersaban portodos lados para ir á visitar á sus compañeros de armas, residentes en las ciudades sometidas.

Al asomar la nueva estacion, Tancredo, Raimundo de Tolosa, Roberto de Normandía, se

arrancaron de aquel imprudente reposo para adelantarse sobre Jerusalem; seguíanles los demas tomando de paso algunas ciudades, cada una de las cuales se convertía en una manzana de discordia entre los príncipes que pretendían quedar soberanos de ella. Como se había convenido en que pertenecerían á aquel que plantara allí antes que nadie su bandera, se porfiaba sobre quién se lanzaría delante de los demas, subiría el primero á la brecha y aventaría á sus competidores.

Cruzando el territorio de Berita, de Tiro, de Sidon, recibieron los cruzados víveres de los musulmanes, á fin de que respetaran los jardines; el emir de Tolemaida, prometió bajo juramento entregarles la plaza luego que se hubieran apoderado de Jerusalem. Establecieron un obispo y sacerdotes en Lidda, donde San Jorge había recibido el martirio; entonces Tancredo ernarbó la cruz sobre los muros de Belen, á la hora en que nació Cristo.

Cuando los guerreros de la cruz se hubieron reunido para ir á poner asedio delante de la ciudad santa, reconocieron que habían perecido mas de doscientas mil personas. Muchos habían tomado la vuelta de Occidente ó se habían detenido en diferentes ciudades, de tal suerte que sólo marcharon sobre Jerusalem unos cincuenta mil hombres. A medida que se aproximan se reanima el antiguo entusiasmo, en mudecen las enemistades; y cuando desde las alturas de Emmaus descubren la ciudad de Cristo y de los profetas, el grito de *¡Jerusalem! ¡Jerusalem!* vuela en las filas de boca en boca (10 de Junio de 1099); todos se postran de hinojos para dar gracias á Dios, ó se inclinan para besar la tierra, pisada quizá por los piés de los patriarcas ó por los del Redentor. Cada cual implora perdon, cada cual llora sus pecados, cada cual repite el grito de *Dios lo quiere.*

Inmediatamente empezó el asedio, aunque los latinos no tenían entre todo más que veinte mil peones y mil quinientos ginetes, á la par que Jerusalem estaba defendida por sesenta mil guerreros mandados por el emir Iffikaren, nombre del califa Fatimita de Egipto. Aquí empiezan las proezas cantadas por el poeta italiano. A la resistencia del enemigo se juntaron los horribles padecimientos de la sed; la escuadra genovesa que llevaba víveres, fué en gran parte

cogida é incendiada; faltó dinero para pagar á los operarios ocupados en los trabajos del sitio, también faltó madera, pero no el valor. Hasta los mismos barones se pusieron á trabajar en las trincheras y en las minas. Cuando estuvieron terminadas, dieron los sitiadores vuelta á la ciudad procesionalmente, como Josué á Jericó, visitando los lugares más memorables de las cercanías, é implorando cada cual perdón de sus culpas para ser digno de entrar en la ciudad santa. Vióse entonces á Tancredo y á Raimundo, enemigos irreconciliables, abrazarse y perdonarse á la vista del monte de la Redención.

Dióse el asalto general despues de aquella piadosa ceremonia, y los cruzados se apoderaron de la ciudad el viernes 15 de Julio de 1099 á las tres de la tarde, hora en que Jesucristo habia espirado sobre el Calvario. Todos los horrores de una ciudad tomada por asalto vinieron á manchar aquel triunfo, y fueron pasadas á cuchillo setenta mil personas, tanto judíos como musulmanes; fué tal la matanza, que los cristianes *caminaban sobre sangre hasta el tobillo*; pero apenas llegaban aquellos furiosos al Santo Sepulcro, cuando se les caian las armas de las manos, y postrados en tierra se daban golpes de pecho, derramando lágrimas de ternura y de arrepentimiento.

Todo el que habia colocado una cruz, una bandera, ú otro cualquiera signo sobre un palacio ó una torre, era considerado como dueño de aquel edificio, y nadie hubiera osado penetrar allí, mientras todo lo demás era entrado á saco. Las riquezas conquistadas fueron repartidas entre los vencedores, y se reservó una gran porción de ellas á los pobres, á los huérfanos y á las iglesias. El generoso Tancredo, que se habia opuesto vanamente á la matanza, plantó su bandera sobre la mezquita de Omar, y encontró allí inmensos tesoros, entre ellos veinte candelabros de oro, ciento veinte de plata, una lámpara magnífica y otros muchos ornamentos de gran precio que distribuyó liberalmente.

Limpia Jerusalem de cadáveres, cambió de religion y de estado, reconociendo luego los francos la necesidad de consolidar su dominación, resolvieron restaurar el trono de David para que lo ocupara un rey. Su elección uná-

nime recayó en Godofredo, quien en el curso de la expedición se habia distinguido por su valor prodigioso. Juró sobre el Santo Sepulcro respetar el honor y la justicia, aunque rehusó ceñirse la corona real donde Jesucristo la habia llevado de espinas.

Tanto como fué el júbilo de toda la cristiandad al recibir la nueva de esta conquista gloriosa, sirvió de aflicción á los musulmanes. Por todas partes preceptuaron ayunos en señal de luto penitente, y Modaffer-Abouverdy se lamentaba en esta forma:

»Nuestras lágrimas se han mezclado á nuestra sangre, y ni una parte de nosotros mismos ha quedado intacta de resultas de los nuevos golpes del enemigo.

»¡Oh, infelices de nosotros si las lágrimas llegan á reemplazar á las armas, cuando la guerra siembra su furor y su incendio!

»¿Cómo es posible que el párpado cubra el ojo cuando descalabros semejantes al nuestro despertarian á aquel que durmiera profundamente?

»En Siria vuestros hermanos no poseen más que la espalda de sus dromedarios ó las entrañas de los buitres para hallar reposo.

»Los francos les tratan como á viles esclavos y permanecéis en una muelle indolencia como gentes que están completamente seguras.

»¿Cuánta sangre se ha derramado! ¡Cuántas mujeres estan reducidas á no tener para cubrir sus encantos más que sus brazalates!

»¡Y los chaiques de los árabes, los héroes de la Persia podrian resignarse tranquilamente á tanta ignominia!

»Si el sentimiento de la religion no les conmueve, ejerza influjo sobre ellos el cuidado de su propia honra y el amor de lo que les sea más querido en el mundo.»

Pero los musulmanes comprendian cuán difícil era reparar tan enorme pérdida. ¿Qué podía intentarse al califa de Bagdad reducido á la condicion de pontífice desarmado? Hallábase fraccionado el reino de los Seljucidas en el Roum; discordias intestinas ocupaban al schah de Persia, poco atento por otra parte á correr en ayuda de los emires de Siria que se habian emancipado de su autoridad. Confundidos éstos por los reveses que habian experimentado, se hallaban reducidos á defender aisladamente su

estrecho territorio contra los esfuerzos parciales de algunos héroes cruzados. No quedaba más esperanza que el soldan del Cairo; así, olvidando los musulmanes que era un Fatimita hereje, corrieron en tropel de la Siria, de Damasco, de Bagdad, á Ascalon, donde se reunia su ejército á las órdenes del visir Afdal.

Godofredo tuvo el mayor trabajo para decidir á los cruzados á empeñar nuevos combates para oponerse á aquellas fuerzas inmensas. Fué expuesto al público el madero de la verdadera cruz: la voz por largo tiempo silenciosa de Pedro el Ermitaño se hizo oír de nuevo, y veinte mil valientes llegaron á presentar batalla entre Ascalona y Jafa á todo aquel pueblo de Asia y de Africa (12 de Agosto de 1099). La disciplina sobrepusó al número; aquel innumerable ejército fué puesto en completa derrota, y los despojos del campo enemigo proveyeron de víveres á los soldados, de armas y de caballos á los señores, de bestias á la agricultura. Las disensiones que se reanimaron entre los príncipes cristianos les impidieron apoderarse de otras plazas.

Aquí termina la primera cruzada. Los caballeros que durante cuatro años habian sobrellevado gloriosas fatigas, suspiraban por el momento de volver á su patria y de saborear allí el reposo, al mismo tiempo que las alabanzas debidas á sus proezas. Se vieron recibidos en triunfo en sus castillos, adonde traian las palmas sagradas, los despojos ópimos y las preciosas reliquias. Y los que buscaban en vano entre los cruzados de vuelta á deudos, cuya ausencia habian llorado, se consolaban con la idea de tener un mártir en su familia.

Pedro el Ermitaño acabó oscuramente su vida en el convento de Huy, junto al Mosa. Eustaquio recogió la herencia de sus hermanos Godofredo y Balduino, á quienes habian tocado reinos en Palestina. Roberto, conde de Flandes tornó á sus estados; el duque de Normandía, que se detuvo en Italia seducido por los encantos de Sibila, hija del conde de Converiano, perdió la ocasion de ascender al trono de Inglaterra; á su vuelta fué cogido prisionero por su hermano, y languideció veinte años en el cautiverio hasta la muerte.

Seis millones de europeos habian tomado, segun se dice, la cruz. De ellos apenas quedaron trescientos caballeros con Godofredo, y al-

gunos en Trípoli con Raimundo, en Edesa con Balduino, en Antioquia con Bohemundo; unos diez mil volvieron á Europa. ¿Qué habia sido de los demás? Sus osamentas cubrian el camino que conduce á Jerusalem desde las estremidades de Europa.

Lejos de amortiguar el valor, la relacion de sus miserias unida á la de sus hazañas, excitó á muchos, cristianos á imitarles. Francia, Italia, Alemania, suministraron nuevas levadas de adalides que se encaminaron á Palestina, ora para visitar los Santos Lugares, ora para ayudar á la consolidación del reino cristiano, ora para ganar gloria, estados, indulgencias. Más de doscientos mil cruzados renovaron bajo los muros de Constantinopla las devastaciones de los primeros, hasta el punto de soltarse contra ellos los leones imperiales. Se alejaron de esta capital, acosados sin tregua por Kilisc-Arslan, que habia trasladado su residencia desde Nicea á Iconiö. Raimundo hacia pasar por sus filas en los dias de combate la milagrosa lanza de Longinos. Anselmo, arzobispo de Milan, habia llevado un brazo de San Ambrosio, con el cual bendecía á los combatientes; sin embargo, fueron derrotados, y sólo algunos llegaron á Jerusalem en pequeños destacamentos; un número todavía más escaso volvió á Europa en pós de los condes de Saboya, de Poitiers, de Nevers y del duque de Baviera.

CAPITULO III.

Segunda cruzada.

La caballería, los tribunales de amor, los torneos, las órdenes militares y las obras de los trovadores y romanceros, representan ideas que se reproducirán con tanta frecuencia hablando de las cruzadas, que no podemos continuar la relacion de estas expediciones, sin detenernos antes algun tiempo en esto. Si hemos insistido demasiado, tal vez nos servirá de excusa la naturaleza misma del objeto que nos ocupa.

Hemos dejado en el trono de Jerusalem á Baudouino de Bourg, hombre justo y piadoso, cuyas manos y rodillas se habian encallecido á fuerza de prosternarse para orar, no queriendo que le aventajasen en esto los mahometanos. Espiró despues de doce años de reinado en el